

HOMENAJE A ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

elisabetta di castro

Al recordar a Adolfo Sánchez Vázquez vienen a la mente la imagen y la postura de una persona íntegra, a quien se debería escuchar en los momentos sociales difíciles, porque tenía ideas claras, valores morales firmes y una razón crítica implacable. Más allá de las diferencias teóricas o políticas que pudieran haberse tenido con él, fue un académico ampliamente respetado por su convicción de que “lo decisivo es ser fiel [...] a aquello por lo que un día se fue arrojado al exilio”. Exilio que lo llevó a México en 1939 con 23 años de edad.

Estas características las tenía desde muy joven, como se puede apreciar en una entrevista que le hicieron en 2008, cuando recuerda un pequeño pero significativo incidente que tuvo en Morelia, al poco tiempo de haber llegado a nuestro país. En dicho incidente se puede apreciar la actitud y el respeto que lo acompañó, y se fue agrandando, a lo largo de su vida. Dando clases de filosofía en el Colegio de San Nicolás — en ese entonces la Escuela Preparatoria de la Universidad local y cuyo alumnado era difícil—, se encontró un día en el tablero de anuncios de la escuela un anónimo que lo atacaba de manera burda, ante ello él escribió al lado: “Al autor de este anónimo le espero mañana aquí, a las cinco en punto de la tarde, a ver si tiene el valor de decirme directamente lo que me está diciendo aquí”. Al día siguiente, Sánchez Vázquez estuvo puntualmente en la cita pero el interpelado nunca llegó. La noticia de este incidente corrió por la comunidad, lo que le valió el prestigio y autoridad moral entre sus miembros. Así era Sánchez Vázquez, una persona íntegra, capaz de tomar medi-

das claras y contundentes frente situaciones que podían parecer confusas o poco claras.

De esa época también quisiera recordar otro detalle que sale a luz en la entrevista, y que refiere otra característica que mantuvo a lo largo de su vida. En ese entonces su formación filosófica era incipiente —estaba más inclinado a la literatura que a la filosofía y no había terminado aún sus estudios—; nunca había dado clases y los cursos que tenía que impartir eran multitudinarios, de entre cien y ciento veinte alumnos. Eso lo recordaba como una experiencia terrible, pero frente a ella asumió el reto con seriedad y responsabilidad. Para sus clases se preparaba horas y horas, leyendo y releendo los materiales necesarios, incluso a su esposa le explicaba los temas a exponer, convencido de que si ella lo entendía, seguro también lo entenderían sus alumnos. Esta seriedad y responsabilidad con la docencia, y en especial con la enseñanza media superior, es algo que hay que destacar, ya que pocos filósofos con los reconocimientos que llegó a tener Sánchez Vázquez se han preocupado por ese nivel de estudios. Ahora que la filosofía ha sido exiliada del bachillerato oficial, podemos recordar dos de sus obras que han formado generaciones y generaciones de jóvenes y que, al menos en el bachillerato que ofrece la Universidad Autónoma de México (UNAM), podrán seguir apoyando la formación integral de sus alumnos: su libro de *Ética* de 1969 y la *Antología de textos de estética y teoría del arte* de 1972.

Desde el punto de vista profesional, el cambio que dio, a finales de los años cuarenta, de las letras —su formación original— a la filosofía, lo explicó a partir de

cuestiones intelectuales o teóricas pero también prácticas. Entre las primeras destacó que él estaba muy vinculado a la vida política y se consideraba marxista, y se le planteó la necesidad de esclarecer la teoría del marxismo que en ese entonces era muy estrecha, cerrada y dogmática. Además, durante los casi tres años que había dado clases de filosofía en Morelia, había acumulado un capital filosófico que no era despreciable y que podía aprovechar. Entre las cuestiones prácticas, señaló que, aunque conservaba su vocación literaria, las posibilidades de dar clases de literatura eran menores que las de filosofía, ya que cualquiera se consideraba capaz de hablar de literatura, mientras que las exigencias del saber filosófico restringían a los posibles candidatos.

Primero en Morelia, y después en la ciudad de México, su preocupación por la política y la cultura fue una constante que estuvo ligada a un compromiso moral y teórico que trajo de España y perduró toda su vida: el marxismo. Su concepción del marxismo se fue afinando y depurando con el tiempo, de acuerdo con un pensamiento riguroso que aboga por una sociedad más justa, más igualitaria y más libre; un marxismo vivo y antidogmático que giró fundamentalmente alrededor de tres aspectos básicos: el proyecto de transformación, la crítica de lo existente y el conocimiento.

Sánchez Vázquez fue profesor de múltiples generaciones de estudiantes y autor de más de veinticinco libros, los cuales sometía a un constante proceso de revisión o renovación. Es de destacar que su primer libro salió a la luz cuando estaba por cumplir 50 años. Esta fecundidad tardía obedeció en parte a que se había dedicado a conseguir los recursos necesarios para sobrevivir (haciendo traducciones para complementar los pocos ingresos de las clases que impartía en diversos lados), además de su militancia

política en la que se le iba también mucho tiempo. Pero había otra razón: en los años cincuenta del siglo xx estaba identificado con el marxismo dominante, sobre todo con su práctica política, sin atender a los errores, falsedades y deformaciones que posteriormente encontró. En esa época lo que más podía hacer un filósofo militante era tratar de aclarar, de explicar y de interpretar una cierta concepción filosófica que ya estaba establecida en los manuales y en las obras canónicas del marxismo soviético. Por ello, en retrospectiva, llegó a congratularse de no haber publicado nada en esos años.

Su enfrentamiento con el marxismo dominante se dio en tres planos: primero en el terreno estético, criticando la ideología estética oficial, el realismo socialistas; después, en otro terreno filosófico, se enfrentó al materialismo ontológico del Dia-mat soviético; y por último, en el terreno teórico y político criticó el socialismo real. La relevante labor de reflexión teórica que llevó a cabo Sánchez Vázquez a partir de la década de 1960 le permitió hacer aportaciones en diversas áreas, como son la estética, la ética, la filosofía política, la filosofía de la historia y el pensamiento marxista. En esta labor sus cursos en la Universidad desempeñaron un papel importante, de hecho, para él, éstos le sirvieron para ir haciendo los libros que iba a publicar; eran como una especie de laboratorio. Entre sus principales contribuciones al pensamiento marxista destaca su *Filosofía de la praxis*, así como sus críticas al "socialismo real" y la reivindicación de la idea misma de socialismo. Insistió en que la concepción del marxismo como filosofía de la praxis exige acentuar la actitud antidogmática y, con ella, la crítica y la autocrítica. Por ello señalaba que uno de los signos más reveladores de cierta crisis del marxismo era su resistencia a aplicar la crítica a sí mismo.

En 1985, a más de medio siglo de haber ingresado al Partido Comunista de España, a más de treinta años de haber ingresado a trabajar en la UNAM como ayudante de profesor y a más de veinte años de estar publicando los frutos de su producción teórica, hacía el siguiente balance:

Muchas verdades se han venido a tierra, ciertos objetivos no han resistido el contraste con la realidad y algunas esperanzas se han desvanecido. Y, sin embargo, hoy estoy más convencido que nunca de que el socialismo [...] sigue siendo una alternativa necesaria, deseable y posible. Sigo convencido asimismo de que el marxismo —no obstante lo que en él haya de criticarse o abandonarse— sigue siendo la teoría más fecunda para quienes están convencidos de la necesidad de transformar el mundo en el que se genera hoy como ayer la explotación y la opresión de los hombres y los pueblos sino también un riesgo mortal para la supervivencia de la humanidad. Y aunque el camino para transformar ese mundo, presente hoy retrocesos, obstáculos y sufrimientos que, en nuestros años juveniles, no sospechábamos, nuestra meta sigue siendo ese otro mundo que, desde nuestra juventud, hemos anhelado.

Diez años después de este balance se realizó en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM un coloquio sobre la violencia —tema de nuestro actual Congreso—, en cuya presentación Sánchez Vázquez señalaba que las reflexiones sobre la violencia no eran nuevas ni escasas, ya que de una u otra manera afloran, a lo largo de la historia de las ideas, en las concepciones sobre la naturaleza humana, las vías del acontecer y del cambio histórico, y en general sobre el comportamiento moral, político y social de la humanidad. Y ello no sólo cuando se dan circunstancias excepcionales, como son las guerras y las revoluciones, sino también en el día a día, en la vida cotidiana. Pero, a pe-

sar de que las reflexiones sobre la violencia no sean nuevas ni escasas, consideraba que no eran tan frecuentes ni específicas como lo exigirían la magnitud, la extensión y la persistencia de las relaciones violentas entre los seres humanos, que son tan viejas como la propia humanidad (incluso menciona que en la Biblia el duro caminar del hombre en la tierra inicia con un hecho violento: la expulsión del Paraíso).

Dado el tema del presente Congreso y la relevancia del mismo —no sólo por la situación que estamos viviendo en nuestro país, sino también por la situación general en el mundo—, recuperaré a continuación algunas de las tesis principales de aquella participación, en las que podemos observar la pertinencia, la lucidez y la vigencia del pensamiento de Adolfo Sánchez Vázquez. Frente a la constancia con que la violencia permea las relaciones entre los individuos, los grupos o las clases sociales, así como entre las naciones o los pueblos —la cual ha llevado incluso a algunos filósofos a considerarla como un destino inexorable o una característica esencial del ser humano—, Sánchez Vázquez destacó una cuestión que consideró crucial y de enormes consecuencias, no sólo teóricas para la academia, sino también vitales y prácticas para nuestra existencia: “la cuestión de que si estamos condenados a ser violentos y, por tanto, a no ser libres, puesto que toda violencia entraña una exclusión o merma de nuestra libertad.”

Por una parte, Sánchez Vázquez reconoció la necesidad de la violencia —encarnada en las revoluciones inglesa, francesa y norteamericana— para que la razón y el derecho ganaran un espacio que hasta entonces no había existido en las relaciones humanas que se regían por un poder absoluto o despótico, caracterizado por la intolerancia, los prejuicios y las discriminaciones de toda índole. Se trataba de

la irrupción de la modernidad, en la que ciertos derechos y libertades individuales comenzaron a florecer, aunque en el marco limitado y formal trazado por los intereses de la nueva clase social dominante. En este sentido, a la violencia se le cortaron las alas, pasando a ser ilegítima por quienes, desde el poder, se atribuyen el derecho a ejercerla legítimamente y de manera exclusiva. Pero la modernidad no logró finalmente desplazar con su racionalidad los confines del mundo de la violencia. La violencia, lejos de recortarse o sucumbir ante la razón y el derecho, no dejó de hacerse presente, e incluso con formas extremas y masivas, como son los hechos ligados a Auschwitz, Hiroshima y Gulag, nuevas formas de violencia —absoluta, genocida— a las que hay que agregar las viejas formas que resurgen en nuestros días, como son la violencia religiosa, racial, étnica y nacionalista.

Sin embargo, y a pesar de este reconocimiento inicial, para Sánchez Vázquez, la violencia en sí tiene una carga negativa, porque entraña siempre desarticular o doblegar la voluntad del otro y, por lo tanto, sujetarlo o arrancarlo de su legalidad propia. La violencia excluye valores como la igualdad, la libertad, la tolerancia, el respeto a la dignidad y a la autonomía del otro. Por ello sostuvo que la violencia es negativa e indeseable, “Razón por la cual —sostenía— la utopía de una sociedad más igualitaria, más libre, más justa y más tolerante, en la que los hombres puedan convivir, dialogar, tolerarse, es incompatible con el dominio de la violencia”. Aunque tampoco se pueden cerrar los ojos hoy ante la realidad dolorosa de que se vive en un mundo de la violencia. Violencia que existe tanto en los medios utilizados para cumplir ciertos fines (la tortura, el secuestro, el terrorismo individual o de Estado) como en los fines mismos (en el racismo, en los integrismos religioso, étnico o nacionalista). Pero, sobre

todo, Sánchez Vázquez descalificó la pretensión de justificar el dudoso fin de hacer frente a la violencia con la violencia, cuando ésta se convierte en una masacre, como es el terrorismo de Estado que viola los más elementales derechos humanos.

En la medida en que somos reos de la violencia, para Sánchez Vázquez se justificaba la necesidad de comprender su naturaleza, sus raíces, sus causas y sus efectos, y de encontrar vías que excluyan o limiten la violencia del poder y el poder de la violencia. Y sostenía que el imperio de la violencia, “sólo podrá ser excluido o limitado, en la medida en que en la sociedad se abra paso, con nuestro esfuerzo, justamente a lo que es incompatible con ella: la libertad, la convivencia democrática, el diálogo y la tolerancia y, en consecuencia, en la medida en que se creen las condiciones económicas, políticas y sociales correspondientes”.

Su obra y su vida fueron precisamente eso, una contribución a elevar la conciencia de la necesidad de excluir o limitar la violencia, y de pugnar consecuentemente por un mundo más libre, más justo, más tolerante y más solidario. Su obra y su vida fueron congruentes con su concepción de la filosofía. Como señaló en una de sus últimas conferencias dictadas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, para él:

la filosofía responde a la necesidad vital de esclarecer el puesto del hombre en el mundo, contribuyendo así a mantenerlo, reformarlo o transformarlo. Esa necesidad vital se vuelve hoy imperiosa en un mundo en el que la violencia desafía a la razón; en el que la vida cotidiana conoce nuevas formas de enajenación y colonización de las conciencias, en que predominan los valores hedonistas, consumistas; en el que el progreso científico y tecnológico se vuelve contra el hombre y en el que, no obstante el desarrollo económico, técnico y social de un grupo de países, la mayoría de los indi-

viduos y los pueblos sólo conocen la explotación, la miseria y la marginación. En este mundo, la filosofía se hace necesaria para contribuir a hacer más racionales y humanas las relaciones entre los hombres y los pueblos.

Sin duda, Sánchez Vázquez hizo su contribución. Dentro del desarrollo del marxismo latinoamericano impulsó una renovación no autoritaria, y alejada de las pugnas ideológicas que dividieron la izquierda entre revolucionarios y reformistas. Su obra también escapó a las modas del momento, por lo que, lejos de ser anacrónica, sobrevivió a ellas. Sánchez Vázquez dedicó su vida a la filosofía, a la filosofía de la praxis, con la que formó y seguirá formando nuevas generaciones. Hoy, al igual que hace cinco,

diez o veinte años, algunas de sus principales preocupaciones siguen siendo de vital importancia: excluir o limitar la violencia, pugnar por un mundo más libre, más justo, más tolerante y más solidario, y construir las condiciones económicas, políticas y sociales correspondientes. Para concluir, una última observación: como sabemos, Sánchez Vázquez fue merecedor de los más grandes reconocimientos por parte de diversas instituciones, tanto nacionales como extranjeras. Pero Adolfo Sánchez Vázquez no fue sólo reconocido por las instituciones, sino también, y sobre todo, por las personas que trató, con las que convivió, ya fuera como colega o como maestro. En este sentido, fue una de las personas más queridas y respetadas de nuestra comunidad.